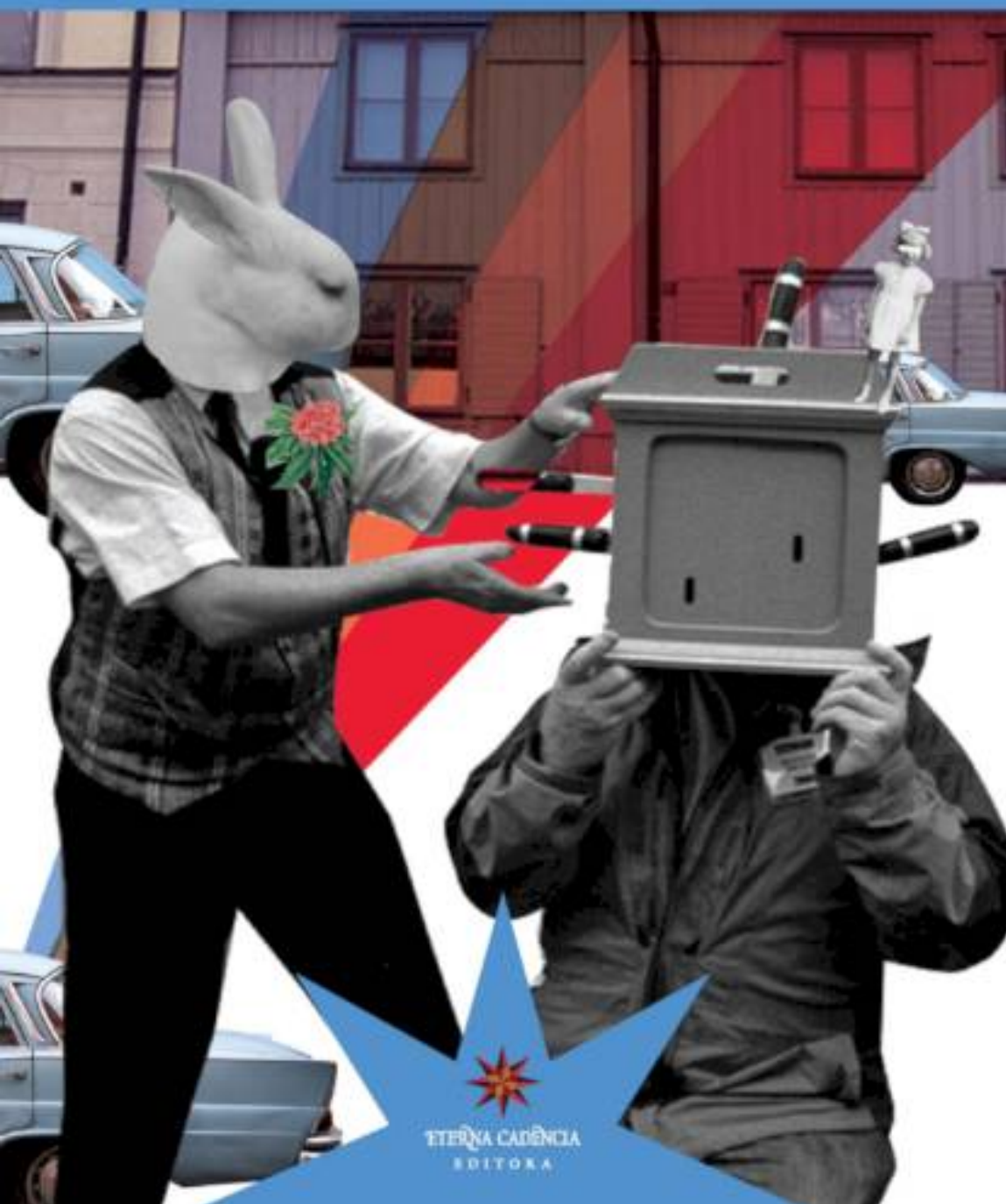


Ariel Magnus
EL HOMBRE SENTADO




ETERNA CADENCIA
EDITORA

ARIEL MAGNUS

El hombre sentado

A partir de una película de Roy Andersson (*Canciones del segundo piso*), Ariel Magnus construye un sinfín de historias tragicómicas con aire apocalíptico que revelan las grietas de una sociedad en la que se supone que todo marcha por sus carriles. En Estocolmo, durante los últimos días del milenio, una secta que anuncia el fin del mundo con la llegada del 2000 (a menos que se arroje por un acantilado a una niña virgen con los ojos cubiertos), provoca un caos en el tránsito que paraliza toda la ciudad. Pelle, por encargo de su jefe, ha echado a Lasse quien desde el piso no le suelta la pierna (¡y todavía faltan mil despidos!). Kalle, sumido en su letanía frente a dos agentes de seguro que inspeccionan el incendio de su negocio, prácticamente olvida que él mismo lo provocó. Mientras, decenas de pasajeros irrumpen en el aeropuerto tras la oferta de una ignota aerolínea que ofrece ir adonde se quiera con todo lo que más se quiera por solo un krona.

Una novela única poblada de hombrecitos trucados, hambrientos, desplazados, leídos, rotos, ardientes, hilvanados magistralmente por versos de César Vallejo, que hace gala tanto de un humor absurdo y candoroso como de una prosa lúdica que no deja de sorprender.

Ariel Magnus

EL HOMBRE SENTADO



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

ÍNDICE

Sobre este libro
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
El hombre desnudo
El hombre traidor
El hombre inmortal
El hombre raro
El hombre pasado
El hombre roto
El hombre trucado
El hombre leído
El hombre elástico
El hombre mágico
El hombre hambriento
El hombre desplazado
El hombre cantado
El hombre embotellado
El hombre ardiente
El hombre echado
El hombre conforme
El hombre virgen
El hombre sentado
El hombre bendito

El hombre atrasado
El hombre preguntón
El hombre triste
El hombre acompañado
El hombre viajado
El hombre acorralado
El hombre sensible
El hombre crucificado
El hombre endeudado
El hombre bueno
El hombre distraído
El hombre reconciliado
El hombre cocinado
El hombre sordo
El hombre tozudo
El muñeco ensayado
El hombre experimentado
El hombre himnótico
El hombre grave
El hombre libre
El hombre apenado
El hombre imperfecto
Agradecimientos
Sobre el autor
Página de legales
Créditos
Otros títulos de esta colección

Para Roy Andersson, con admiración
y agradecimiento, este libro basado
en su película *Canciones del segundo piso*

*Y si así diéramos las narices
en el absurdo
nos cubriremos con el oro de no tener nada*
César Vallejo

*-¿Alguien sabe cómo salir de aquí?
-No.*
Roy Andersson

EL HOMBRE DESNUDO

*Algo te identifica con el que se aleja de ti,
y es la facultad común de volver:
de ahí tu más grande pesadumbre.
Algo te separa del que se queda contigo,
y es la esclavitud común de partir:
de ahí tus más nimios regocijos.*

El hombre parado y de traje esperó a que el hombre acostado y desnudo terminara de toser.

–Buen día, Lennart –se anunció–. Soy Pelle.

–¡Hola, Pelle!

Lennart volvió a toser y sus pies descalzos se sacudieron convulsos al fondo de la cama solar. Los de Pelle yacían quietos dentro del calzado, a su vez envuelto por un cubrezapatos de tela celeste. La habitación misma estaba sumergida en una luminosidad azulada, marítima.

–Esta tos –se quejó Lennart.

–Terrible –se compadeció Pelle.

Lennart dijo algo más y Pelle, agachándose un poco en dirección al sarcófago de luz, la mano izquierda aferrada al portafolios como a una baranda, le pidió, tras disculparse por su falta de atención, si no podía repetírselo.

–Así que has venido –alzó la voz Lennart con un dejo de impaciencia.

–Sí, bueno –Pelle, todavía agachado, se rascó una pierna con la mano libre–, usted me lo pidió. Si quiere puedo

esperar afuera.

–No, no, quédate. Mi avión a Barcelona sale a las tres.

Pelle miró su reloj. Las doce. A esa hora él habría estado en el aeropuerto, o en todo caso ya en camino. Tampoco se le habría ocurrido tomar un baño de cama solar con esos.

–Oí que no está contento –develó Lennart la razón por la que lo había hecho venir, y de paso la forma en que debe encarar la vida un hombre que quiere disfrutar cada instante de ella: sin prólogos.

–No. La verdad es que no, Lennart –recién ahora Pelle advirtió el calor que irradiaba el sol de mentira, sumado a la humedad que llegaba desde la zona de las piletas, y el traje empezó a pesarle como si hubiese caído al mar–. Ya no es gracioso. Pronto llegaremos a setecientos.

–¿Y quién dijo que iba a ser gracioso? –exclamó Lennart, y a pesar de que estaba oculta Pelle pudo ver su cara de descontento, la que mejor le conocía–. Sabes muy bien que tenemos que llegar a mil.

Pelle volvió a encorvar su cuerpo alto y macizo con lentitud incrédula.

–¿Lo dice en serio, Lennart? –preguntó desconcertado.

Se hizo un silencio. Los pies desnudos se movieron, también desconcertados.

–Por supuesto.

Pelle se agachó un poco más y giró la cabeza, como buscándole la cara a su jefe a través de la ranura de luz que separaba las dos planchas fosforescentes. Necesitaba comprobar que el que se tostaba ahí adentro era efectivamente el compañero de escuela que veinte años atrás lo había llevado a trabajar en la empresa de su padre, el mismo que le había prometido que nunca se fusionaría con una multinacional, el que le aseguró que la firma era como un barco y que en caso de naufragio el último que se salvaría sería él, su capitán. Rascándose una pierna con la mano libre pensó que conocer hace mucho a una persona no significa cono-

cerla bien, tal vez hasta fuera la mejor forma de no conocerla en absoluto.

–Todo tiene su tiempo –volvió a resonar la voz del tomador de sol.

–Sí, bueno...

–Las pirámides tuvieron su tiempo...

–Claro, pero...

De nuevo se le escapó una frase y tuvo que pedir que se la repitieran.

–Los motores de vapor tuvieron su tiempo... –repitió Lennart.

–Sí, muy cierto...

–Este es un nuevo tiempo, Pelle. Tienes que entenderlo.

Pelle se irguió hasta que la corbata volvió a quedar pegada al pecho. A sus espaldas, unos hombres de algodón envueltos en batas parsimoniosas pasaron comentando las cotizaciones de la bolsa. Más atrás se escuchaba nadar a una persona, acaso concentrada en los mismos números. A su modo discreto, vacacional, ellos también trabajaban, pensó Pelle.

–Ciertamente, sí, sin dudas –prologó lo que en realidad quería decir, un defecto del que no lograba liberarse y que con el paso del tiempo se iba agudizando cada vez más–. Pero si esto sigue así vamos a tener que cerrar del todo, lo cual sería una catástrofe para mucha gente.

–¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

Pelle volvió a escuchar murmullos a sus espaldas y sintió que el plural englobaba más a esa gente invisible y desconocida que a él mismo.

–Ahí tiene usted un punto a favor –concedió, ambiguo.

–Nosotros ya no estaremos, Pelle –concluyó Lennart.

Un frío previsor, como si ya estuviese de vuelta en la calle rumbo a la oficina, o más adelante aún, en el invierno siguiente, le congeló la parte interna del traje, desde los tobillos hasta la nuca.

–Perdón, Lennart –se agachó nuevamente–, ¿a qué se refiere?

–Me refiero a que no tiene sentido quedarse donde solo hay miseria.

El grueso cuerpo de Pelle volvió a erguirse. La cabeza casi rozaba el marco superior de la puerta. ¿Por qué un hombre tan grande y bien vestido, de pie y atento, se subsumía a un hombre pequeño y acostado, ciego y desnudo, para colmo con tos? Pelle supuso que hacerlo, incluso en ese estado de desigualdad flagrante, era la condición para siquiera llegar a estar cerca de él, de su nosotros, y que por lo tanto debía estarle agradecido.

–No, no tiene sentido –volvió a conceder, sintiéndose desnudo, quemado, enfermo.

–Cuando ese día llegue, hará mucho que yo me habré ido –los deditos de Lennart se movieron alegres, ya liberados–. Y también deberías irte tú.

EL HOMBRE TRAIADOR

*No olvides en tu sueño de pensar que eres feliz,
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba*

Con el zapato derecho sobre una hoja de diario y la hoja de diario sobre la silla, la camisa engominada y el pelo almidonado, Lasse terminaba de sacarle lustre con un paño de gamuza. También la mesa donde acababa de apurar una taza de café, la pequeña cocina en general, incluso la sala con el sillón estampado de flores al otro lado del pasillo, todo se veía impecable y lustroso, como si el zapato derecho fuera el último elemento al que Lasse le estuviera sacando brillo luego de pasarse toda la noche frotando cada rincón del departamento con su gamuza beige. Ahora era de mañana, más específicamente ese momento de la mañana en que los rayos del sol se colaban entre su edificio y el de enfrente, iluminando la sala entera, una franja del pasillo y hasta un ángulo del lavavajillas en la cocina. En su época más oscura, durante los veinte meses que pasó en el departamento luego de perder su primer empleo, Lasse había calculado cuánto tiempo entraba el sol según la época del año. A un día como el de hoy la planilla que confeccionó en su momento le asignaba veintitrés minutos, y aunque a Lasse le hubiese gustado calcular también los segundos, afortu-

nadamente hacía ya una eternidad que no tenía tiempo para ocuparse de esas cosas.

Un cambio de luz anunció la entrada de su esposa Christina, el pelo malamente recogido en un improvisado rodete. La bata abierta dejaba ver unos pechos rendidos de gruesos pezones púrpura, un abdomen apenas abultado y un pubis tan lanoso que parecía protegido por un bombachón negro. Era muy alta, casi más que su marido, que en la empresa era de los más altos, además de antiguos.

–Pero qué bonito –se cerró la bata Christina, como si la avergonzara presentarse desnuda ante un hombre tan atildado.

–Sip. Hoy el vejete tiene que estar elegante –se dejó abrazar Lasse–. Pelle Wigert quiere verme.

–¿Y qué quiere ese de ti? –imprimió ella una nota de incertidumbre a una situación que él intentaba tomarse con naturalidad.

–No sé, ya veremos –desestimó Lasse, dubitativo, las dudas que también a él lo habían asaltado durante la noche.

Cambió de pierna, pero la pregunta ya había hecho pie: ¿Qué podía querer Pelle de él para citarlo con tanta ceremonia? Sus oficinas estaban a un piso de distancia, bastaba un llamado por el interno y él subía en cuestión de segundos. Pero esta vez lo había mandado llamar por su secretaria y con un día de antelación. ¿A él solo o a otros también? Pensar algo malo era convocarlo, pensó Lasse, y se concentró en su zapato izquierdo.

–Lasse... –lo abrazó Christina–. Hoy tengo franco. Me gustaría que te quedes conmigo.

–A mí también –levantó apenas la cara blanca–. Pero qué imagen daría. No falté ni una vez en catorce años.

–Con más razón –le acarició el rostro enharinado.

–Todo tiene su tiempo, querida –Lasse volvió a pisar con los dos pies, sacó el papel de diario y lo tiró en la pila que

se acumulaba en un rincón—. Hay un tiempo para el trabajo y un tiempo para lo demás.

Reacomodó la silla, tomó la pomada y el cepillo que estaban al lado del horno y los guardó junto con la gamuza en el último cajón. Cuando quiso cruzar la puerta, Christina se le interpuso abriendo los brazos. Esa noche tenían entradas para ver al mago Orsson y no habría tiempo para lo demás.

—No, no, no —le cerró el paso tres veces sin perder la sonrisa, el vientre asomando de nuevo a través de la bata entreabierta.

—Todo tiene su tiempo, querida —Lasse al fin logró hacerla girar y pasó hacia el otro lado.

—Viejo aburrido —protestó ella.

Lasse tomó su saco y Christina lo ayudó a acomodárselo, resignada. De fondo se escuchó el canto de los pájaros. ¿Y si se quedaba? ¿Si faltaba por primera vez en catorce años, justo cuando tenía una cita con Pelle Wigert, para sacarle lustre al cuerpo de su esposa, como en los viejos tiempos, tirados sobre el sofá o incluso la alfombra, aprovechando los quince minutos de sol?

—Hasta luego —se despidió sin beso.

—Hasta luego, traidor.

EL HOMBRE INMORTAL

–¿Puede soltarme? –demandó Pelle.

–¡No, no, no! –lanzó Lasse tres gritos contenidos.

–¡Compórtese, Lasse!

–¡Usted sabe que trabajo aquí hace treinta años!

Pelle giró sobre sus talones y quiso avanzar, pero Lasse seguía de rodillas, prendido a su pierna como un chico aterrorizado. Unos papeles de la máxima importancia antes de la reunión, ahora sin valor alguno para nadie, yacían desparrramados por el lustroso mármol del segundo piso. Detrás de las puertas entornadas, los colegas de Lasse seguían la escena. Los ex colegas.

–Lo lamento, Lasse, no hay nada que yo pueda hacer – trató Pelle de liberar su pierna.

–Trabajo aquí hace treinta años –Lasse giró sobre sus rodillas, aferrándose más fuerte aún.

La conversación que había concluido con ambos sentados civilizadamente escritorio de por medio ahora seguía con Pelle de pie y el otro de rodillas, sin avanzar hacia ningún lado.

–Le digo que no puedo hacer nada.

–Hace treinta años que trabajo aquí.

Deberían haber contratado a una persona que se encargara de los despidos, pensó Pelle. Ni el mismo despedidor profesional, una vez que a él le tocara despedirlo, le haría